

## ¿CAMBIAR LA VIDA O CAMBIAR EL HOMBRE?\*

Denis de Rougemont

### Variaciones del comunismo

Oponed los dogmas cristianos a los axiomas de Marx y de Engels, los comunistas os responderán, no sin apariencia de razón, que la operación les deja indiferentes: están sobre el plano de la historia, no de las verdades eternas. Colocaos sobre este plano histórico, viajad por la URSS por ejemplo. Comprobad como muchos —que sin ninguna duda son los más honestos—, que la dictadura de Stalin se acerca a la de los regímenes fascistas. Ensayad de deducir que el comunismo es ésto, si ha de confundirse, como se nos afirmaba, con sus efectos históricos. Se os contesta que os engañáis totalmente, que no entendéis nada del “devenir dialéctico” del cual la presente dictadura es sólo un estadio necesario pero provisorio. Heos aquí devueltos al plano doctrinal. Informaos entonces de esta famosa dialéctica: aprenderéis que fue inventada por Hegel, quien tuvo el error de fundarla sobre el espíritu, lo que era propiamente ponerla de cabeza; que el genio de Marx la ha vuelto a poner de pie al fundamentarla sobre la materia económica; que así lastrada ha podido ponerse en marcha y actuar al nivel de lo real; que su fin primitivo era destruir el Estado en provecho del hombre concreto, no sin antes haber reforzado este Estado hasta el extremo que se llama dictadura; y que en fin esta dictadura desaparecerá necesariamente por sí misma con los últimos opositores. Pensáis estar en la historia, en lo real; se os invita ahora a no creer a vuestros ojos, que ven a Stalin, sino a creer en una profecía. Sin embargo permanecéis escépticos: Stalin, después de veinte años de poder en los Soviets, anuncia una constitución que refuerza todavía más el estadismo, y ni siquiera habla ya de su futura supresión. Al contrario hace fusilar a quienes hablan de ella. Se os responde que es una necesidad de la táctica, debidamente prevista por otra parte por los dialécticos. Entonces, quizá, empezáis a vislumbrar lo que significa: dialéctica. Es de hecho, la obediencia al partido, la obediencia ciega a Stalin, depositario único de la doctrina. Abandonar el plano de las verdades eternas para entrar en el plano de la historia, ésto significaba pues, precisamente, renunciar a la verdad, y no creer más que en la táctica de un dictador, que cambiará la verdad cada seis meses.

¿Pero entonces de qué se habla cuando se habla de comunismo? ¿Por dónde tomarlo? ¿En qué puede residir la *identidad* de una doctrina que pretende justificar teóricamente, con algunos años de intervalo, la democracia de los Soviets por una parte, y por otra la dictadura de Stalin; el pacifismo a todo precio de los comienzos y el imperialismo actual (tan mal disfrazado por la III Internacional); la lucha contra el Estado, y al mismo tiempo el capitalismo de Estado de Lenin; la expropiación de los patronos en 1918, después de la restauración de la propiedad privada en 1935; la supresión de la herencia y después su restablecimiento; el antimilitarismo y la creación entusiasta de un ejército abundantemente provisto de mariscales; la igualdad social absoluta, y después la carrera de los salarios y de los grados; la ruina de la familia, y después su restablecimiento sistemático; la crítica acerba de la SDN, y después la entrada en este organismo?

Todo esto se puede explicar, lo comprendo muy bien por necesidades prácticas y contingentes, y no he de traer aquí un juicio de aspecto político. Pero lo grave es ver defender por tantos intelectuales, estas maniobras en nombre de una doctrina y

\* Texto escrito en 1935.

justificarlas sean cuales fueren (¡con un ligero retraso sobre el acontecimiento!) por necesidades llamadas “dialécticas”...

¿Comprenderán los comunistas sinceros que este método aparece a los ojos de los que no profesan su “fe”, necesariamente, como un simple oportunismo? ¿Para qué sirve entonces discutir, confrontar? “Nada será justo para esta balanza” (Pascal).

Me guardaré de explotar el equívoco. Pero era preciso recordar su existencia, so pena de caer enseguida en los lazos groseros que nos tiende. (Lazos en los cuales caen las nueve décimas de los adversarios del marxismo — ¡y cuantos marxistas también!).

Si ahora trato de asir la identidad profunda y la continuidad de la *actitud* comunista, a través de las contradicciones violentas de sus testimonios sucesivos, encuentro sin embargo, al fin de cuentas, una gran voluntad invariable: la voluntad de *cambiar el mundo*. Pero tal voluntad no podría tomar su impulso sino en el sentimiento insoprottable de un defecto inherente al mundo.

Conocer que existe un *mal universal* y que es preciso por lo tanto *transformar todas las cosas*, tal es, creo yo, el acto inicial y también la pasión constante del comunista consciente y consecuente. Es este movimiento profundo el que hace legítimos, por lo menos a sus ojos, los rodeos tortuosos; por ejemplo los rodeos dialécticos de la acción del partido comunista.<sup>1</sup> La “causa” justifica los medios...

Pero entonces, ¿cómo no ver que este movimiento, presenta, en su forma, con el movimiento cristiano (que es lucha contra el pecado) las más impresionantes analogías?

Sólo en este plano me parece posible una confrontación.

## El hombre primero, o el mundo primero?

El marxista, al igual que el cristiano, ha reconocido que el hombre no existe aisladamente, que es un ser “en relación”, que está ligado a una sociedad.<sup>2</sup> Pero también, a imitación del cristiano, el marxista cree que la sociedad presente, no tiene derecho a determinar todo lo del hombre, y no puede hacerlo. Porque, la sociedad, está dividida contra sí misma, y hace del hombre que se abandona a ella un ser antinómico, “dividido”, y como “enajenado” de lo que en él hay de más humano. Al descubrimiento de esta “enajenación de sí”, que según Marx sería rasgo común a todas las sociedades pasadas, incluyendo el comunismo primitivo, corresponde formalmente, en el diagnóstico cristiano, el reconocimiento de una corrupción fundamental, que es el pecado original.

Se deduce, que, para el marxista, lo mismo que para el cristiano, el hombre sólo podrá encontrar la plenitud y “recobrar totalmente”<sup>3</sup> gracias a una economía<sup>4</sup> radicalmente renovada.

Semejante reacción —siempre en su forma— levantará pues al cristiano y al marxista contra toda especie de estatismo, contra toda especulación idealista, desape-

<sup>1</sup> “El comunismo no es para nosotros un Estado que debe crearse, un ideal ... Llamamos comunismo al movimiento efectivo que suprimirá la realidad presente. Las condiciones de este movimiento están dadas por esta situación”. (Marx, *Ideología alemana*).

<sup>2</sup> “Nosotros somos miembros unos de otros”. (ROM. 12-5). Por otra parte, Marx no ha cesado de criticar al “individuo aislado y abstracto”. (*Tesis sobre Feuerbach*).

<sup>3</sup> Marx, *Crítica de la filosofía hegeliana del derecho*.

<sup>4</sup> En el sentido más amplio de la palabra, que puede designar lo mismo la “sociedad sin clases” de Marx, como el “reino de Dios” cristiano.

gada e inactual, y contra toda actividad que no concorra, de una manera o de otra, a transformar, a cambiar cualquier cosa, a luchar eficazmente contra el mal universal.

Esta voluntad fundamental de transformación, la encuentro formulada y resumida, de una y otra parte, por dos posiciones perfectamente claras que, a la vez que afirman con vigor la necesidad de un "cambio" y de un cambio práctico, concreto, visible, divergen no obstante, de una manera significativa, en cuanto a las vías y medios que preconizan.

La última tesis de Marx sobre Feuerbach afirma:

Los filósofos no han hecho hasta aquí otra cosa que interpretar diversamente el mundo; pero se trata ahora de transformarle.

El apóstol Pablo escribe en su Epístola a los Romanos: (12-2)

No os conforméis con el presente siglo, sino transformaos por la renovación de vuestro sentido, a fin de que discernáis cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, agradable y perfecto.

En los dos casos, se trata de la misma palabra: transformar; y se trata de transformar en tanto que se es propiamente humano (es decir en tanto que se obedece al espíritu, para Pablo, y en tanto que se hace la revolución, para Marx). Se trata pues de acción. Se trata de atestiguar sea la fe, por una realización de las voluntades de Dios, contrariando las del siglo, sea el pensamiento, por una acción social<sup>5</sup> que no puede ser sino revolucionaria.

Y no obstante la oposición de Marx y del apóstol, estalla en esto: que Pablo quiere transformar al *hombre primero* —y el mundo por él— mientras que Marx quiere transformar el *mundo primero*, —y el hombre por él.

El hecho de esta oposición central es lo que importa aclarar muy bien, si se quiere comprender por qué la práctica y los fines del comunismo contradicen radicalmente la práctica y los fines del cristianismo, de los que se derivan por otra parte obscuramente, pero separados de sus lazos eternos, abandonados a las solas leyes del Tiempo.

## De la polémica antiespiritualista a la doctrina marxista

Nunca se repetirá bastante que la doctrina original de Marx es ante todo el planteamiento de una polémica. Está, muy conscientemente, condicionada por la situación de la Europa occidental hacia mediados del siglo XIX y por la voluntad de cambiarla. En particular, no es "materialista" en el sentido vulgar, más que en la medida en que la mentalidad de la época puede ser calificada —y se califica a sí misma— de espiritualista, en el sentido más contestable del término.

¿Cuál era, desde el punto de vista religioso, la situación que se presentaba a Marx? Era la de la Restauración. Profesores y burgueses liberales, grandes patronos del capitalismo naciente en Inglaterra y Alemania, teólogos de la escuela hegeliana, o

<sup>5</sup> "En la práctica el hombre debe probar la verdad de su pensamiento, es decir su realidad y su potencia concreta. Realidad o no del pensamiento humano aislado del dominio práctico, es querella de pura escolástica". (Marx: 2ª tesis sobre Feuerbach). Asimismo para el cristiano la fe sin las obras no es la fe. (JAQ, 2-26). (Y el propio Lutero no ha dicho nunca otra cosa, contrariamente a las manifestaciones de polemistas ignorantes, o que juegan sobre los dos sentidos de la palabra obras (obras pías y acción concreta).

adversarios del cristianismo, todos, de común acuerdo enseñaban o dejaban entender, por su actitud práctica, que la religión concierne al “hombre interior” y nada más que a él. Era un “negocio privado”: y Marx se limita a constatarlo. La religión no impedía tampoco hacer negocios. Ni oprimir a los obreros. Ni llamar justicia, en caso necesario, a lo que era útil a los amos. La religión no parecía molestar a nadie.<sup>6</sup> Sancionaba y protegía el orden establecido. Traducía este mismo orden establecido y *no ya lo que le hubiera juzgado*.

Marx no pierde su tiempo en denunciar el *error* que es la base de semejante impostura; lo sabe demasiado profundamente arraigado en el hombre para ser alcanzado por una simple crítica filosófica.<sup>7</sup> Pero esta crítica filosófica es la única arma de que dispondría en el plano del “espíritu”, puesto que él es descreído. Además, no es el “espíritu” lo que quiere salvar, sino el hombre, que los espiritualistas abandonan a una suerte cada vez más inhumana. Le será preciso, pues, recurrir a otro orden de argumentos: los que se han llamado “materialistas”. Los que él formula serán, por una parte la violencia proletaria, por otra la “ciencia” infalible de las leyes de la evolución económica.

Resumo y simplifico este proceso: los que pretenden reformar “el interior” se guardan muy bien de tocar lo exterior. Marx dirá pues contra ellos, que es preciso *primero* transformar lo exterior, y el resto seguirá necesariamente. Para salvar el resto —digamos: la cultura, el espíritu y el alma— es preciso comenzar por negarlo. El “espíritu” del burgués espiritualista es sólo una caricatura, pero sus estragos son ya tales que no se puede pensar en restablecer la verdad por medios puramente espirituales. A la mentira espiritualista, opongamos el argumento impresionante de un materialismo polémico: le llamaremos materialismo-dialéctico, para indicar que es sólo provisional, instrumental, que debe servir en definitiva a la verdad, —la cual contiene también “espíritu”—, en resumen, que no es más que una táctica. Hagamos de necesidad virtud. Propongámonos cambiar las cosas y sus relaciones, cambiar “el mundo”, es decir las relaciones económicas y sociales. Y si nos queda aún tiempo, cambiaremos el hombre. ¿Bastará tal vez cambiar el cuadro material para que el contenido se transforme? ¿No se ha demostrado ya que la cultura, por ejemplo, es sólo un “reflejo” del proceso económico?

Se ve así, cómo al propio Marx se enreda en su juego polémico. Sólo fue hacia el final de su carrera que su amigo Engels descubrió el peligro. “Marx y yo —escribe en 1890— somos sin duda los responsables de que nuestros discípulos hayan insistido más de lo conveniente sobre los factores económicos. *Nosotros estábamos obligados a insistir sobre su carácter fundamental, por oposición a nuestros adversarios que lo negaban*, y no siempre tuvimos tiempo ni ocasión para rendir justicia a los otros factores”.

## De la doctrina marxista a la táctica staliniana

En efecto, de la “mentira” oportunista que era el materialismo polémico, promovido

<sup>6</sup>Yo hablo, bien entendido, de la religión tal como Marx la veía, tal como se le aparecía en el cuerpo social. No olvido que la misma época ha visto el gran despertar pietista.

<sup>7</sup>“El ejército de la crítica no puede evidentemente reemplazar la crítica de las armas”. (Marx, *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*). Es preciso emplearla, ciertamente, pero no basta. “Ser radical consiste en atacar el mal en la raíz. Pero la raíz es para el hombre el hombre mismo”. (*Id. id.*). Es decir el hombre concreto, producto social, según Marx, y no criatura espiritual y camal.

por un deslizamiento inevitable al rango de doctrina del partido, debía salir la “verdad” táctica del materialismo vulgar; ese materialismo al que tan fácilmente puede hoy atacar la prensa burguesa —aun cuando ella misma lo practica sin rubor, negándolo a la vez, por las necesidades de su causa. Este materialismo vulgar, que Marx había ante todo combatido<sup>8</sup> ha llegado a ser, después de él, una mentira absoluta exactamente simétrica de la de los idealistas: la creencia de que si se cambia el orden de las cosas, se cambia automáticamente la realidad humana. Obligado por sus adversarios a proclamar la primacía de lo material, Marx no se dio cuenta de que iba a desencadenar un prejuicio absurdo, un error no menos grave que el de los defensores del espíritu puro; el error que lleva a los hombres a creer que la causa de todas sus desgracias está en las cosas, y no en él. (Aunque Marx no tuvo conciencia de ésto, es sin embargo el responsable; volveremos más adelante sobre este punto).

El pueblo —¡y también la burguesía, pues!— repite que el hábito no hace al monje, y que el dinero no hace la felicidad. Prácticamente, *cree* firmemente que el hábito hace al monje y que el dinero hace la felicidad. Marx viene a explicarle en 15 volúmenes —de los que se han hecho resúmenes— que tiene razón para creerlo.

Más aún, Marx viene a demostrar que los que pretenden lo contrario, y que predicán que el dinero no hace la felicidad, son simplemente explotadores que tienen dinero y que quieren guardarlo —¡justamente porque hace su felicidad!

Entonces, no hay más que un solo camino: instituyamos el Plan quinquenal, creemos una industria poderosa, hagámoslo mejor que en América, lleguemos a ser más ricos, porque el dinero distribuido entre las masas no falla en crear felicidad. Para conseguirlo, se precisa una disciplina. Para mantener a ésta, un dictador. Indígnense si quieren los burgueses, los escrupulosos, y el propio camarada Gide: las cosas son como son. ¿Contradice el estadismo dictatorial la doctrina de Marx? ¿Qué importa, si el objeto final es la riqueza, madre de la felicidad? ¿No es ésto lo que quería Marx?

Resumamos: Marx no ha querido el materialismo vulgar. Pero las necesidades de la polémica, por una parte, y su definición del hombre concreto, puramente social, por otra, le han conducido a acentuar los factores materialistas. Es esta acentuación lo que “las masas” han sentido porque todo las predisponía a ella. El resultado, es la URSS de Stalin, régimen del cual quisiera se me demostrara en qué difiere del fascismo, dentro de lo que el fascismo tiene de más opresivo para el hombre y para su libertad.

## La actitud cristiana ante el “mundo”

Se habla con razón de “doctrina” marxista, de “ideología”, de “táctica” comunistas. Pero sería introducir una confusión irremediable hablar en el mismo sentido de una “doctrina” del cristianismo. El cristiano, y sobre todo el protestante, se niega absolutamente a concebir que los dogmas teológicos puedan figurar en la teoría de una práctica.<sup>9</sup> El cristianismo no es un programa; ni, como dicen ciertos marxistas

<sup>8</sup> En particular en la *Tesis sobre Feuerbach*. Se puede leer una frase que prueba que Marx no pretendía, ni mucho menos, despreciar los factores humanos personales, sin los que el materialismo no sería “dialéctico”. “*La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la modificación de la actividad humana, o transformación personal, no puede ser racionalmente comprendida sino como una actividad revolucionaria*”. Frase importante en extremo. ¡Pero cuán olvidada por el comunista medio de nuestros días!

<sup>9</sup> Según Karl Barth, por ejemplo, la dogmática es sólo una *cuestión* perpetua, una autocrítica si se quiere, que la Iglesia se dirige a sí misma, y que tiene por función corregir sin cesar, rectificar el mensaje anunciado por la predicación y por los sacramentos. Es un acto de obediencia y es también un acto de humildad; porque toda palabra humana sobre Dios es necesariamente inadecuada en sí, y sólo puede ser un *reenvío* a la

primarios, una "ideología"; ni es tampoco una táctica, no hay para qué decirlo. Hablemos más bien de una "actitud". Y de una actitud total. (Diría con gusto totalitaria, si la palabra no hubiera sido igualmente pervertida por las caricaturas seculares de la revolución cristiana).

La vida y el pensamiento cristianos, en efecto se refieren en cada instante a lo que determina el todo del hombre; su origen, su fin, y su misión presente. El cristiano sabe que viene de Dios, de Creador; que va hacia el Reino de Dios, el Reconciliador; y que tiene por misión actual obedecer a una Palabra que es Jesucristo, el Mediador. Pero esta Palabra juzga al "mundo" que le ha rechazado sólo salva a aquellos hombres que rehusan totalmente este mundo y lo esperan todo del Reino. Esta negación, esta espera activa<sup>10</sup> constituyen la revolución más radical que existe, digámoslo mejor: la *única radical*. Y toda las otras, en nuestro Occidente perturbado por un mensaje que él desconoce, no son sino reflejos enigmáticos de este suceso primordial —sus sucedáneos temporales, en deriva hacia la nada.

"No os conforméis con el siglo presente sino transformaos...". Esto significa para un cristiano, que "el mundo" sea abandonado. Esto no significa que una vez operada su transformación personal que se llama conversión, el cristiano sólo haya de esperar y sufrir gimiendo las leyes de un mundo que condena. ¿Porqué entonces, dónde estaría su rechazo? ¿Y que prueba tendríamos de su transformación? ¿Un mal humor resignado? ¿Una simple reticencia o reserva mental en el seno del conformismo triunfante? Es exactamente ésto lo que piensan los marxistas, pero es también donde aparece su error inicial sobre el hombre. Su ignorancia, o su ceguera en cuanto al deber y al poder, del hombre transformado por la fe.

El *hombre nuevo*, según el Evangelio, es un hombre que ha cambiado de sentido. Está orientado de otro modo, como indica la palabra conversión. Obediente a la Palabra de Dios le dirige, reconoce a la vez el origen y el fin de su vida: conoce por lo tanto su pecado, todo lo que le desviaba de su camino. Pero se considera al mismo tiempo responsable con respecto al mundo. Porque si el mundo se ha entregado a la injusticia y al desorden, es por la falta del hombre, que era su rey, y que ha traicionado. Y todo pecado individual repite y agrava esta falta. Así: conciencia de pecado, conocimiento del fin y del origen, obligación de actuar para rescatar el mal cometido, son tres momentos *indivisibles* de la "transformación" de que habla Pablo. No se concibe uno, seriamente, sin el otro. "Todo conocimiento recto de Dios nace de la obediencia", escribe Calvino. ¿Y qué sería una obediencia que no se manifestara?

La transformación personal, en el sentido total del Evangelio, no puede pues traducirse, si se produce, sino por una acción del cristiano: contra el mundo en su forma presente, y para el mundo restaurado en la Promesa.

Es preciso ir más lejos que esta afirmación tan evidente. No solamente el hombre convertido llega a ser transformador del mundo —no siendo así no está convertido— sino que además toda transformación de la forma actual de las cosas, que no sea el efecto de una conversión de los hombres, no debe ser a los ojos del cristiano, más que una "reforma" sin gran alcance. He aquí lo que parecerá más escandaloso. Y sin

---

Revelación, única perfecta, a Jesucristo. La "doctrina" es así, solo una medida crítica que la Iglesia toma de su mensaje bajo la relación de su fidelidad a su fundamento, a su contenido y a su fin. No presenta nada que pueda compararse, aunque fuera superficialmente, con un programa teórico que se trataría ahora de aplicar. En resumen, la doctrina cristiana, si se quiere establecer un paralelo, —sin duda peligroso—, sería la *Persona viva* de Jesucristo, y no la teología, simple autocrítica de la Iglesia y del mensaje que se predica en la Iglesia.

<sup>10</sup> Esperar en... quiere decir aquí: "tender hacia..."

embargo el Evangelio es formal: “¿De qué serviría a un hombre ganar el mundo, si se pierde su alma?” Su alma, es decir la conciencia de su origen y de su fin, del sentido mismo de su acción, de su pensamiento, de su vida corporal. Precisemos, puesto que no hablamos de verdades “puramente teológicas” como diría un incrédulo. ¿De qué servirá al hombre, tal como lo ve el cristiano, salvar su vida material y moral, escapar a la guerra, a la miseria, a la opresión, si ignora o niega “la única cosa necesaria”, la única prenda de salvación total? Entonces, si se está convertido, ¿se dejará acaso al mundo seguir su camino, desencadenarse las guerras, y morir de hambre a los desocupados? Esto sería probar que no ha habido conversión. Yo obraré pues, pero, no para el mundo, y no para salvar algún bien, sino porque me siento responsable, *personalmente*, del desorden establecido. Yo obraré por agradecimiento hacia Dios, que me ha transformado. Si no tuviera este agradecimiento, sería que ignoro mi salvación. Pero si conozco mi salvación, no puedo soportar mi pecado y sus efectos en el mundo real donde viven los hombres —donde mueren los hombres.

### Reproches recíprocos que se dirigen los cristianos y los marxistas

Siendo ésta la concepción cristiana del hombre, único responsable del mal que hay en el mundo, se comprenderá que el estado de espíritu marxista le parezca, a tal concepción, necesariamente limitado. Me serviré de una imagen. El niño que yerra su golpe, o que choca contra un mueble, se enfada contra las cosas y las hace responsables. Cree que son ellas las que deben cambiarse. Pega a la mesa, como Xerxes hacía pegar al Helesponto. Es este prejuicio infantil lo que el marxismo debía consolidar en la conciencia proletaria. Desviación burda, se dirá; ¿pero podía acaso evitarse? ¿No había dicho Marx que se debía comenzar cambiando el orden material, el orden de las cosas, y que los hombres llegaría en seguida a ser más hábiles, a entenderse y a vivir felices? “Cambiar la vida”, exclamaba Rimbaud niño. Y los intelectuales de izquierda vuelven a tomar hoy día esta divisa para oponerla al “espiritualismo” tanto como a la rutina y al cinismo de los conservadores.

San Pablo no tiene esta trágica ingenuidad. No se enfada contra el imperio romano, y no designa su destrucción a los cristianos como primer objetivo. ¡Sin embargo el imperio les quita toda libertad y bien pronto les quitará la vida! ¿No es preciso “ir a lo más apremiante”, salvar primero la piel, derribar a los tiranos? Así hablan el buen sentido, y el marxismo. Pero si el apóstol hubiera colocado la lucha sobre este terreno que llaman realista, suponiendo que el “partido cristiano” hubiera triunfado, nada le hubiera impedido correr la suerte fatal de las rebeliones políticas: él hubiera revestido las formas del poder depuesto<sup>11</sup> y dejando para tiempos más pacíficos la evangelización —su razón de ser— hubiérase consagrado a labores más urgentes: dar pan y espectáculos a la gente. Pero Pablo era apóstol y no dictador. Es por ésto por lo que su mensaje nos es predicado todavía. Anunciaba a los hombres no el odio, ni el cinismo —que pertenece a la forma del mundo— sino la buena nueva, absolutamente *nueva*, procedente *de otra parte*, de más allá de este mundo, de su transformación en Cristo, venido al mundo. No anunciaba un futuro hipotético, en nombre de una teoría ardua, sino una presencia inmediatamente activa y totalmente saludable, en nombre de una persona viva y de su amor eterno. Anunciaba el *hombre cambiado*.

<sup>11</sup> Mi suposición no es totalmente gratuita: se ha realizado más tarde bajo Constantino, por medios legales, es verdad, pero con los mismos inconvenientes. Ciertamente hay leyes de la historia; en el sentido que se reencuentran los mismos mecanismos por todas partes donde hay defección del espíritu.

¡Demasiado hermoso todo ésto! Demasiado hermoso para ser verdad, dice el marxismo (Cristiano, cambiado, soy aún bastante “anticuado” para comprenderlo). ¿Sobre qué descansa está transformación de que habláis? Sobre una fe que mi razón rehusa, y me ordena ignorar. Yo no veo los efectos de tal fe en la historia de nuestro Occidente.<sup>12</sup> Si no tengo vuestra fe no los veo. Veo una Iglesia establecida, oprimiendo todas las disidencias, pactando con los poderosos, sosteniendo por todas partes los regímenes retrógrados y predicando la resignación. ¡Es verdaderamente demasiado fácil ponerse en regla con su mala conciencia, pretextando que lo único que importa es el interior y que el “pan de vida” basta para alimentar al hombre! Tal vez os baste a vosotros para alimentaros personalmente, pero eso no es lo que suprime la miseria, impide la guerra, y cambia el mundo.

Es preciso decirlo para vergüenza nuestra de cristianos; estos reproches aparecen justificados a la gran masa de trabajadores. Si el marxismo ha provocado entre los “explotados” un tal levantamiento de esperanzas, tales olas de adhesiones entusiastas tan ciegamente entusiastas, es por que se ha encontrado sólo en la protesta contra el mundo tal como marcha. Se dirá: es ante todo porque ha sabido achacar a la opresión capitalista, demasiado real, toda la desgracia inherente a la existencia, toda la desgracia de la que en verdad el pecado de cada uno es responsable. La observación es justa, pero es insuficiente. Lo que explica en último término el éxito “religioso” del marxismo, es su voluntad proclamada, concreta e inmediata, de cambiarlo *todo*; y no solamente el “espíritu” o el “interior”. Ahora bien, si el marxismo ha conseguido esto, si ha podido parecerlo, es en la medida en que el cristianismo, a los ojos de las masas, no ha osado mostrarse cristiano. Es que la sal ha perdido su sabor, y su amargura saludable. Es que la única esperanza verdadera y cierta no ha más sido predicada al mundo con una fuerza de *ataque* bastante molesta y violenta. Es que el espíritu que debía ser el agente del cambio total, perpetuo y único real, ha llegado a ser el guardián de los conformismos, o al menos no ha sabido, por exceso de prudencia, impedir que las masas lo consideren como tal.

Son mucho más responsables los cristianos del éxito de Marx en las masas, que el marxismo de la decadencia de las Iglesias en el mundo moderno. Por este motivo los reproches del marxista al cristiano son humanamente mucho más legítimos que los del cristiano al marxista. En pocas palabras: si Marx se equivoca y vence es porque Cristo ha sido mal predicado por sus discípulos (ya sea en palabras ya en actos).

Si los cristianos guardasen una conciencia más fiel, y por lo tanto más dolorosa de este hecho, creo que evitarían atacar al marxismo en los mismos términos que la reacción. Pero, ésto dicho y mantenido, queda sentado que en doctrina, e independientemente de todas nuestras faltas, la objeción marxista no vale nada mientras que la objeción cristiana es incontestable.

Cuando un marxista me reprocha que me contento con un cambio sólo espiritual, y que no afecta en nada el curso de las cosas, tengo fundamentos para contestarle: “Tu reproche se dirige a mi hipocresía, a mi flojedad, a mi falta de fe, pero de ningún modo a la fe. Porque la fe, dijo Lutero, es “una cosa inquieta”, no se la posee impunemente,

<sup>12</sup> “Yo no veo nunca que el cristianismo llegue a ser revolucionario!”, exclamaba hace poco Jean Giono. (*Unión pour la Vérité*, 22 de Marzo de 1930). A lo que un socialista alemán, el profesor Hans Mühlestein, replicaba: “Todas las revoluciones de la historia de Occidente, han salido de la religión cristiana. Toda otra causa es secundaria”. Y Henri de Man: “Yo creo que no ha habido nunca tentativa revolucionaria que no haya sido de origen cristiano. Si no hay socialismo en Asia es debido a la ausencia del cristianismo”. Yo noto aquí un apoyo de lo que dice De Man, que el movimiento sindicalista del Japón ha sido fundado por un cristiano, Kagawa.



y si se la posee se manifiesta, y por ello algunas cosas cambian. Lo que tu me reprochas, es, en efecto, ¡no ser bastante cristiano! Tú me incitas pues a serlo más, cuando tú creer refutar mi religión. ¡Tu ateísmo llega a ser predicación! ¡Graciosa aventura para un dialéctico! Si tú dices que el cristiano es el que no hace nada, pruebas simplemente que ignoras todo el cristianismo". (Yo repito a este marxista que la culpa no es suya sino nuestra, ante todo mía).

Por el contrario, cuando reprocho al marxismo su desviación materialista actual, no dejo de lado lo que es esencial en Marx. No criticó un error contingente. No digo: ¡no sois bastante marxista! Digo: desde el principio, desde el origen doctrinal, intrínsecamente, y en la medida exacta en que se es marxista convencido, no en la medida en que se traiciona el marxismo, es que se comete un error *fatal*, irrevocable, hoy día manifiesto. Error sobre el hombre y sobre su misión cósmica. Error sobre la persona —en mi vocabulario. Llevo mi crítica a lo esencial del marxismo, mientras que la crítica marxista se dirige a un cristianismo desnaturalizado. Y lo esencial del marxismo, lo repito, es su voluntad de cambiar primero al mundo, y no el hombre primero y el mundo por él. Pero tal voluntad sólo puede conducir al exceso del materialismo, no por la malicia de Stalin, sino por el efecto de las condiciones físicas y espirituales del hombre en lo que tienen de irreductibles a toda determinación social o histórica imaginable, en el pasado, el presente, o el porvenir.<sup>13</sup>

## El problema de los fines últimos: ¿Reino de Dios o paraíso terrestre?

Llegamos ahora, una vez disipado en principio todo equívoco grosero, al lugar de la verdadera decisión.

Algunos, conmovidos como yo, por las semejanzas formales indiscutibles que presentan la voluntad del verdadero cristiano y la del comunista militante, han intentado la síntesis práctica de las dos creencias, que estimaban complementarias. Otros, más numerosos de lo que se piensa, anhelan, al menos, y llaman esta síntesis, pareciendo temer quién sabe qué desgracias para su fe, o para su "éxito", si no se consigue realizarla. En la juventud universitaria china y japonesa se planteaba con urgencia, hacia 1933, el problema de reunir en un mismo entusiasmo, "los dos Karl", ¡es decir Barth y Marx!<sup>14</sup> Es aquí donde una crítica propiamente teológica se revela como la única capaz de mear los límites existentes de hecho y las distinciones decisivas.

La práctica del comunismo, en sí, no puede juzgarse sino desde el punto de vista

<sup>13</sup> No digo "las condiciones físicas y espirituales en lo que tienen de permanentes", porque entonces el marxista me haría observar que factores muy esenciales del propio ser pueden variar según los medios y la naturaleza de las instituciones. (Así la necesidad pretendida "primordial" de la propiedad, puede muy bien ser anulada en el hombre por un régimen comunista). ¿Qué queda en el ser humano absolutamente irreductible a toda transformación social? La muerte física y el pecado. Pero también la calidad, la función creadora del espíritu. En suma todo lo esencial! Yo digo que toda doctrina que no considere una de estas condiciones, conduce necesariamente ya al idealismo, ya a su inversión materialista. El stalinismo totalitario resulta necesariamente de una concepción del hombre puramente social, que descuida la función espiritual (creadora), y la pesantez del pecado. Mientras que a la inversa, no se sabría establecer que la secularización del cristianismo resulta necesariamente del Evangelio!

<sup>14</sup> Declaración de un estudiante chino en el congreso mundial de la Federación de estudiantes cristianos. (Cf. *Student World*, otoño 1933).

de una crítica política, económica, histórica, etc.<sup>15</sup> Y no veo que el cristiano como tal tenga luces particulares sobre estos temas, que exigen un conocimiento técnico. Pero lo que cae directamente bajo la crítica teológica, solamente, son los fines últimos del comunismo y los postulados que supone.

Permítaseme ser aquí un poco esquemático para mayor claridad. Me parece que la oposición *final* entre la creencia marxista y la fe personal del cristiano basta para explicar todo lo restante. El comunismo prepara un paraíso terrestre, el paraíso temporal del hombre. El cristianismo prepara un Reino eterno, que será el de Dios, no el de la tierra. Ambos son escatológicos en el sentido que relacionan su realización con un estado último e invariable, a un término futuro y total, accesible a través de una larga tribulación, de una larga pasión temporal. Es la "fe", sustancia de las cosas esperadas, lo único que permite soportar los males que se sufren en nombre del fin ulterior. (El cristiano canta en la hoguera, el komsomol acepta un salario de hambre si es preciso para salvar a la URSS). Pero el *escatón* cristiano está más allá de este tiempo, es eterno, y por ello mismo puede estar inmediatamente presente en nuestro corazón,<sup>16</sup> mientras que el *escatón* marxista, temporal, se aleja en un futuro indefinido —¿cien mil, o dos mil años?— y no puede existir *hic et nunc*.

¿Cómo se manifestará en nuestro siglo la oposición de estos dos fines, el temporal y el eterno? El fenómeno de la "conversión" lo hace ver muy bien.

Un hombre que se convierte al cristianismo es un hombre que recibe y capta la Revelación en Persona. Y de repente del Reino está en su interior. Este hombre no es ya dueño de su vida. Es el agente de una vocación venida de otra parte, pero para él sólo y aquí abajo, y que ya anima sus gestos y su más íntimo pensamiento. *Desde ahora* su persona está recreada. *Desde ahora* entra en conflicto con el mundo y sus malas formas.

*Desde ahora* da testimonio en favor del hecho realizado de una revolución humana. El cristiano convertido comienza pues por el fin que persigue la esperanza comunista. Posee ya lo esencial, que Marx veía al final de la historia: la persona. ¡Y entonces, ataca al mundo!

Pero un hombre que se convierte al comunismo no se une a una presencia actual. Hace una apuesta cuyo objeto no es accesible hoy día. Apuesta su acción inmediata sobre un hecho que no está conseguido; la historia nunca ha conocido realizaciones comunistas. Así, de los dos, es el marxista el utópico; y el cristiano el realista. (Entendámonos bien: el cristiano verdadero...).

El marxista dice: "Yo no cuento con una fe en lo invisible, sino con hechos concretos que deben cambiarse. Cada reforma obtenida, cada reivindicación realizada, me muestra desde ahora un poco de la realidad de mis esperanzas". Pero la esperanza final del comunismo, es la liberación del hombre. Y yo le enseño un hombre liberado, mientras que él sólo puede mostrarme algunas condiciones preliminares de una liberación siempre futura.

Yo marcaría otra diferencia, no menos radical y urgente. El cristiano convertido tiene ya lo esencial; por ello mismo, se ve obligado a cada instante a transformar alrededor de sí lo que se opone a su bien soberano. Si es cristiano, sabe que es miembro

<sup>15</sup> Tal como han operado por ejemplo un Werner Sombart, un De Man, y en Francia, el grupo de *Ordre Nouveau*. (Cf. en particular la *Revolución necesaria*, por Aron y Dandieu y su crítica de la noción del cambio, en Marx).

<sup>16</sup> Los fariseos habiéndole preguntado cuándo vendría el Reino de Dios, Jesús le contestó: "El Reino de Dios no viene de manera que hiera la mirada y no se dirá aquí está o bien está allí. ¡Porque el Reino de Dios está dentro de vosotros!" (Luc., 17, 20-21).

de un cuerpo que lleva todas las marcas del pecado. Está entonces frente al mundo y en nombre mismo de su fe, en la postura de un revolucionario permanente. No sólo se ve obligado a ir en ayuda de su prójimo, sino que nada tampoco puede satisfacerle de lo que obtiene por este esfuerzo, si compara este aumento de bienestar relativo con el don perfecto que ha recibido en Cristo. Posee en sí mismo la medida de una perpetua transformación, necesaria en todos los dominios donde su actividad puede desarrollarse.<sup>17</sup> Pero el marxista, cualquiera que fuere el sufrimiento o la cólera que experimente ante las injusticias presentes, por el hecho de creer que sólo el interés del hombre entra en juego —y el hombre tal como le concibe, ser social— se verá fatalmente neutralizado en su esfuerzo por las ganancias poco a poco obtenidas. Se establece una comparación entre los intereses sociales y presentes y el deseo de ir más allá, de ir hasta la consecución final. Porque esta consecución, o plenitud, no es nunca más que un futuro teórico, —por apasionada que sea la esperanza del marxista— y no una presencia exigente y totalmente animadora.

Esta es, la razón profunda de las desviaciones llamadas “reformistas” o “estatistas” de la revolución materialista. Para que tal gravedad no gane sin cesar los impulsos revolucionarios espasmódicos que agitan la humanidad (como en 1789 y en 1917) sería preciso que el hombre fuera libertado de su pecado, “cambiado”, sacado del plano, donde, precisamente, el marxismo le mantiene.

## Medios de acción del cristiano y del marxista

Preparar el reino del hombre, o testimoniar por actos visibles en favor del retorno de un Reino ya realizado en Cristo, ésto supone idénticamente una voluntad de cambiar todo lo que puede serlo; pero ésto supone, también, ciertos *medios de acción* que no podrían ser los mismos en los dos casos, si solo el fin justifica los medios.<sup>18</sup>

El fin o el *telos* de la acción del cristiano, es el reino de la justicia y del amor. Todo acto que contradijera, en el presente, la ley de amor y de justicia, aún si fuera cometido en nombre de los intereses de la Iglesia cristiana, destruiría de hecho esta Iglesia en tanto que ella vive en cada uno de sus miembros, y no en un cielo abstracto.

Puesto que la prenda de la acción cristiana no es futura, sino eterna y por consiguiente presente. Si para salvar el futuro de la Iglesia, yo desobedezco en el presente, lo pierdo todo de una vez, presente, futuro, eternidad. Yo crucifico a Cristo y me opongo a su retorno. No puede haber “oportunismo” cristiano, y todos los medios del cristiano deben ser tan puros como su fin.

Muy distinto es el caso del marxista. No teniendo detrás de sí modelo *realizado* ni en sí Presencia soberana, se siente libre de aplicar los medios que juzgue adecuados

<sup>17</sup> Hablo aquí, entiéndaseme bien, de lo que debe ser un cristiano consecuente. Es demasiado claro que permanecemos, todos, todos cuantos somos, muy detrás de vuestra vocación. La mayor parte de nuestras traiciones provienen de esto: que no aceptamos *someterlo todo* a la voluntad de Dios. Reservamos ciertas actividades, de las que precisamente el marxismo debió hacer su especialidad debido a nuestra ausencia: la política, nuestros negocios, nuestros llamados intereses materiales, y los de los otros! Ejemplo típico: el autor de uno de los cánticos más piadosos de la colección inglesa, sir John Browning, es el mismo hombre que obligó a la China, bajo la amenaza de los cañones, a abrirse al comercio del opio. Este hecho da razón en apariencia a la crítica marxista. En verdad, la sinrazón es para el hombre, no para la fe de la que el hombre rehusa los mandatos.

<sup>18</sup> Tomo la expresión en este sentido, que no es el sentido jesuita corriente: que el fin sólo debe indicar los medios *justos* que lo preparan. Y no “justificar” medios que serían en sí contrarios a la justicia —o a la esencia del fin perseguido.

a los intereses momentáneos del Partido y de su clase. Así Stalin puede justificar en buena doctrina “dialéctica” sus negaciones actuales del fin último de Marx. Legítima su estatismo totalitario argumentando que es el único medio de acceso a una etapa económica más favorable al desarrollo del socialismo. Yo veo muchos marxistas que se indignan por ésto, pero dudo que sean muy consecuentes, y que su indignación traduzca la verdadera voluntad del marxismo, más que un resto de humanismo liberal. El hecho es que la gran mayoría de los comunistas sigue a Stalin. De donde resulta hasta la evidencia que para la gran mayoría de los comunistas, la mentira, el odio, la opresión, la hipocresía suprema llamada “razón de Estado” y hasta la guerra si es preciso, son medios perfectamente aceptables en tanto que sirven al progreso proletario y preparan un porvenir conforme con su doctrina.<sup>19</sup> ¿Qué les importa una “falta” personal y actual, puesto que no hay salvación presente ni eterna, puesto que la salvación no es *para ellos* de todos modos, sino para los descendientes de sus descendientes? Es así como se ha visto a Zinoviev, por “fidelidad” al Partido, es decir al *porvenir* del Partido, proferir confesiones mentirosas que él creía tácticamente útiles.

Imaginad ahora que un verdadero cristiano juzgue bueno inscribirse en el Partido comunista o militar en su favor; la alternativa en que se coloca no tiene salida. Porque, o bien acepta las disciplinas de acción que le impone su partido, y que comportan el odio y la mentira: y entonces para salvar al mundo, pierde su razón de ser personal, y reniega justamente de esta fe a la que creía servir mejor en el comunismo; o bien trata de no actuar más que como cristiano; y entonces llega a ser un opositor, un “trozkista” o un “saboteador” o cuando menos un militante sospechoso.

Todo esto descansa sobre un hecho único, que podemos formular simplemente; el fin último del cristiano debe estar presente en cada uno de sus actos, de lo contrario, no existe; mientras que el fin último del marxista es un porvenir absolutamente heterogéneo a sus acciones actuales, en un orden no socialista.

Por donde se ve que a despecho del lenguaje, la trascendencia de la fe cristiana se manifiesta aquí ahora y afecta todo el hombre; mientras que la inmanencia de la creencia marxista remite sin cesar el hecho humano total a un porvenir indefinido, y sólo afecta ciertas disposiciones del ser, aquellas precisamente que el porvenir socialista, la sociedad sin clases, debe suprimir. El marxista cree que el bien sale del mal; el cristiano sabe que el bien nace de lo perfecto.

## De una consecuencia política de la fe

Me dirigiré ahora a los cristianos declarados. Veo muchos que estiman que sólo interesa la transformación del hombre, porque es, en efecto, lo esencial y el fin de todo otro cambio. Veo muchos que juzgan que la acción personal de caridad y de sacrificio, para el mejoramiento del prójimo, basta para completar, si se puede decir, la acción propiamente religiosa. Y entiendo que los sacrificios que hacen no son solamente “espirituales”; significan riesgos financieros, y aún a veces el abandono de todos los

<sup>19</sup> No cedo aquí la estampería polémica de los burgueses, a los ojos de los cuales todo “bolchevique” es un criminal en potencia. Los comunistas representan entre nosotros, en general, la élite de su clase. No los trato de mentirosos, de hipócritas, etc. Pero digo que en tanto que aprueben la política de Stalin, y sus medios, conocidos de todos, aprueban la mentira (asunto Zinoviev), la hipocresía (entrada en la SDN), la opresión (deportación de campesinos, escritores, etc.), el odio de clase (predicado por Marx) y la guerra (por poco que se crea susceptible de defender la URSS).

bienes e intereses humanos muy queridos. Pero pregunto a estos cristianos "cambiados" si tienen una inquietud suficiente de las consecuencias sociales y políticas que implica de hecho su actitud. Y pienso en particular en los miembros del *Movimiento de Grupos*, que representan a la hora actual el cristianismo más "activista". ¿Por qué rehusan ocuparse de política? ¿Cómo es que un gran número se desinteresa prácticamente de ella? Y ellos me dicen: "¡No se puede hacer todo! Cuando hayan cambiado muchos hombres, muchos problemas se plantearán de otro modo...". Quiero creerlo. Corren a lo más apremiante. Pero el marxista también me hace el mismo razonamiento para justificar una acción totalmente inversa. Pienso que es preciso ir más lejos.<sup>20</sup>

La desviación materialista del marxismo no debe solamente incitarnos a condenaciones puramente teóricas; debe advertirnos que debemos corregir sin tregua la desviación espiritualista que amenaza nuestra vida cristiana, y que es la causa cierta de los éxitos del marxismo. Mientras que los cristianos no comprendan que su fe debe manifestarse en todos los planos de la actividad humana, incluso en el plano político, no responderán al desafío del marxismo, que se encontrará por lo tanto justificado.

No creo en una política cristiana, deducida de una vez por todas de la teología. Pero creo que el cristianismo, tan pronto como se manifiesta en verdad, entra en conflicto con ciertas estructuras políticas, y contribuye, por su acción más íntima, a la creación de otras formas. Importa saber cuáles, y prepararlas conscientemente. Si no, dejaremos el campo libre a todas las empresas desesperadas que apasionan a las masas descreídas. Se plantea aquí, me parece, una cuestión de solidaridad que es una forma de la caridad. A veces el deber cristiano puede parecer también más históricamente definido y localizado: no daré de ello más que un solo ejemplo que creo actual entre todos. Todo el mundo sabe, o presiente al menos, lo que significa la *amenaza totalitaria*, sea fascista o soviética: es hacer "marcar el paso" a nuestras vidas y a todos los aspectos de nuestras vidas, tanto espirituales como materiales, puestos al servicio del Estado deificado. Esta situación no deja de hacer recordar la del Imperio romano en la primera edad del cristianismo, tal como la evocábamos antes. Sin embargo uno de los factores al menos se ha modificado notablemente: los cristianos no forman ya "corpúsculos" oscuros, han constituido iglesias visibles (aún a veces demasiado visibles), organizadas (muchas veces demasiado bien organizadas). Se habla a tontas y a locas, de Estados cristianos, o de naciones, de fuerzas, de civilizaciones cristianas. Todo esto se encuentra desafiado por la exigencia totalitaria, como lo prueba el espectáculo de Alemania. El Estado nuevo quiere que se le adore, si no en las formas religiosas, al menos en formas que se oponen a los Mandamientos del Decálogo, y al deber de amor cristiano. El conflicto es inevitable. ¿Bastará entonces dejarse perseguir?

¿No tenemos nada más que hacer que sufrir el martirio? ¿O revestir frente al Estado una actitud de objetadores de conciencia? ¿No tenemos nada más que nosotros mismos que salvar, cuando nuestros errores pasados tienen una parte, tal vez capital, en la desgracia universal que se avecina? Pero toda espera pasiva, por valerosa que sea, llega a ser *en el caso presente* una complicidad. El Estado totalitario no podría instaurarse contra la opinión general. Esta se deja seducir por los solo constructores. Pero entonces, ¿qué punto de vista constructivo puede sostener el cristiano, si no quiere seguir siendo el objetador que he dicho?

Un protestante, y preciso: un calvinista, debe estar aquí en condición de responder.

<sup>20</sup> No quiero traer aquí un juicio cualquiera sobre los llamados grupos de Oxford. Los cito sólo a título de ejemplo lópico.

De todas las iglesias cristianas, la iglesia calvinista es en efecto la más antitotalitaria por esencia. Sólo recuerdo de paso las dragonadas y las guerras de religión que las preceden: se sabe bastante que esto fue la lucha de una realeza ya "totalitaria" contra grupos, leales, es cierto, pero refractarios a ciertas imposiciones. Sería tal vez abusivo deducir de una situación determinada por la persecución brutal, que las iglesias calvinistas defendían entonces, por principio, un régimen federalista. Pero si nos remontamos más alto, hasta el reinado de Francisco I<sup>o</sup>, es decir hasta una época en que la pasión totalitaria de los gobernantes no había podido afirmarse todavía como lo hizo bajo Luis XIV, comprobaremos que la primera disciplina que se dan las iglesias calvinistas reviste una forma conscientemente federativa.<sup>21</sup> Pero no se trata ya aquí de contingencias históricas. Es el fondo mismo de la doctrina calvinista que se expresa por esta estructura. La importancia atribuida por Calvino a la noción de *vocación personal* basta para explicar este proceso. A una ética charismática<sup>22</sup> corresponde necesariamente una organización federalista de la Iglesia, y aún del Estado. Calvino no ha fundado, como lo repiten todos los manuales, una sociedad teocrática, sino más bien una sociedad del tipo federativo, respetando las diversidades queridas por Dios, en la unidad espiritual. Y las consecuencias de esta creación son aún visibles hoy día: en ninguna parte el espíritu totalitario ha encontrado menos complicidad y más resistencia declarada que en los países calvinistas, donde la noción de la autonomía de grupos permanece viva (Inglaterra, Escocia, Suiza, Holanda). En Alemania, la lucha de las iglesias contra el imperio moral del Estado fue llevada, como se sabe, por Karl Barth: es decir por un calvinista.

Yo no quisiera restringir el alcance de este hecho oponiéndolo, como sería fácil, al espíritu unitario e imperial que anima a la Iglesia de Roma. La gran preocupación de ecumenismo, que vemos ganar todas las iglesias, es una promesa en la cual debemos creer con toda la fuerza de nuestra fe. Es por ésto que no quiero sacar de mi ejemplo más que una conclusión que creo valedera para todo cristiano, sea cual fuere la iglesia a que pertenezca. Todos hemos recibido de Dios un llamado estrictamente personal, un "charismo" del que somos responsables. No podemos pues aprobar una forma de Estado que, por definición, contradice toda diversidad, toda autonomía espiritual en el seno de la comunidad. Va en ello nuestro todo, personal y también el valor de la comunidad para todos los hombres que la componen. Aunque fuera por esta sola razón —he mencionado otras varias,— un cristiano no puede aprobar, como cristiano, la forma política comunista.<sup>23</sup> Le es preciso pues preparar otra, y tomar partido en fin, positivamente, en la inmensa lucha que va a poner frente a frente el estatismo totalitario y el federalismo libre.

## Responsabilidad de los cristianos frente a los marxistas

Es conocida la "cruzada antimarxista" que organiza en el mundo entero el pánico de

<sup>21</sup> El redactor de esta "disciplina" parece haber sido el pastor Antoine de Chandieu, pero la intervención personal de Calvino en la elaboración del documento está fuera de duda. "Es, dice F. de Schickler, una constitución muy precisa en todas sus partes, constitución democrática, federativa y parlamentaria". En la base de todo, está la iglesia local, o parroquial. Estas iglesias se federan por región. La instancia de apelación es "la corte suprema del sínodo nacional". (John Vienot, *Historia de la Reforma Francesa*).

<sup>22</sup> Es decir: fundada sobre la noción de la vocación.

<sup>23</sup> "La URSS es el único Estado totalmente totalitario", decía recientemente Víctor Serge, escritor comunista de oposición, de regreso de su deportación en Siberia.

los capitalismo. Esta cruzada tiene por verdadera divisa: ¡dividendos primero! Pero entiendo utilizar lo espiritual como máscara. Arrastra muchas buenas gentes al servicio de una causa presentada como un valor de padres de familia. Es en verdad la cruzada del materialismo hipócrita contra el materialismo generoso. Es también la cruzada de los fascismos contra su hermano el Stalinismo: una guerra de religiones que no son las nuestras. Yo tomo parte aquí contra tal empresa, por las mismas razones, pero agravadas, que me hacían tomar parte contra el régimen comunista. Se nos da a escoger entre dos suertes del materialismo. Pero el comunismo al menos quería cambiar el mundo.

Contra los argumentos demagógicos de nuestros cruzados, repito con Berdiaeff, con Gide: la "verdad" del comunismo resulta de la traición del cristianismo por la cristiandad. Todas las aspiraciones legítimas y generosas del marxismo son otros tantos ensayos de salvamento de verdades cristianas extraviadas, deformadas u ocultadas por los cristianos. Esto es verdad aún para la aspiración totalitaria, que es monstruosa en sus formas actuales, pero que traduce aún, obscuramente, la aspiración de un Occidente otrora cristiano, hacia una economía salvada: el Reino donde Dios está "todo en todos". Si las iglesias cristianas han de sufrir mañana por el hecho de un Estado tiránico, es preciso que sepan que ellas son responsables, en la medida en que cedieron, antes, a las tentaciones teocráticas o seculares. Si la cultura y si nuestras libertades cívicas son vejadas por el hecho de una doctrina y de un Estado "materialistas" es preciso saber que nosotros somos los responsables, en la medida en que cultivamos un espíritu desprendido de lo real, una libertad abstencionista e infecunda.

Todo el mal viene de nuestro espíritu. Es él quien ha de hacer penitencia, porque era él quien debía dar testimonio de su primacía salvadora. Pero es preciso también partir de nuevo.

La tragedia de Marx y del marxismo, es no haber sabido, o podido, oponer a la mentira espiritualista, la verdad de lo espiritual.

No tenemos por qué levantarnos contra la "verdad" desviada de Marx, contra la verdad huérfana, separada de las ligaduras vivas que la unían en Dios, a sus fines y a sus orígenes. Pero debemos proclamar la verdad perfecta de la que hemos sido los primeros en desviarnos. "¡Desgraciado de mí si no evangelizo!", decía el Apóstol. Desgraciado de mí si rehusó evangelizar el Evangelio en *todos* los dominios de la vida. La única lucha eficaz contra el materialismo es la lucha que debemos conducir contra la tentación espiritualista.

Denis de Rougemont  
*¿Cambiar la vida o  
cambiar el hombre?*  
Buenos Aires, Librería  
Hachette, S.A., 1938